



1. Editorial

El examen de los problemas de la Universidad preocupa en el momento actual en todas partes. En España, donde el estudio de los temas educativos no suele merecer una atención frecuente, resulta asombrosa la bibliografía producida en los últimos meses, si se la compara con períodos anteriores. La Revista, en su presente número, dedicado con preferencia a temas universitarios, quiere prestar así una contribución modesta a ese movimiento tan generalizado de atención a la Universidad.

Dentro de ese propósito se otorga una especial atención en la Revista al tema de formación del profesorado que no siempre merece en los estudios sobre la Universidad el espacio que se dedica a los problemas de estructura, del contenido de la enseñanza, de los exámenes o de la inquietud estudiantil. Sin embargo, es obvia la fundamental importancia que tiene en la vida universitaria la formación del profesor, de quien depende muy en primer término la calidad y el rendimiento de la enseñanza. En realidad, parafraseando el título de uno de los artículos contenidos en este número, podríamos decir que es el problema número uno.

Formación, selección y perfeccionamiento en servicio del profesor son los tres puntos esenciales que influyen en su acción. El problema de la formación, tratado con cierta amplitud en los artículos de la Srta. Galino y del Sr. Marín Ibáñez, tiene su fallo principal en la escasa o nula importancia que se ha dado hasta ahora a la capacidad pedagógica del profesor. Mientras que no suele discutirse el nivel de la preparación científica de éste, puesto que las exigencias de conocimiento de la materia son particularmente elevadas en nuestro país, es notoria la insatisfacción en torno a la aptitud pedagógica de ciertos profesores. Hoy difícilmente se acepta la posición tradicional de que basta el conocimiento de la materia para saber transmitirla. Es cierto que la mayor profundidad de conocimientos facilita considerablemente la tarea docente porque, entre otras razones, permite distinguir lo que es esencial y secundario en el contenido de una disciplina determinada y porque el dominio de la materia proporciona los mejores recursos didácticos. Sin embargo, es evidente que la enseñanza no puede centrarse solamente en la materia y que ha de tener en cuenta al alumno. Los términos enseñanza-aprendizaje no pueden disociarse. Esto es lo que da sentido a la profesión docente y a satisfacer esa exigencia ha de tender la formación pedagógica.

Si en toda profesión es necesaria la actualización de conocimientos, el perfeccionamiento en servicio, la profesión docente requiere, como la que más, esa exigencia. De otro modo se agrava el riesgo que siempre acecha a

la educación de preparar para situaciones ya rebasadas o de producir una de las peores deformaciones profesionales del docente: la rutina. Mas, ¿quién educará a los educadores? Este es el interrogante que se planteaba Huxley al que él mismo respondía: «La respuesta es dolorosamente sencilla: han de ser ellos mismos». La concepción de los nuevos Institutos de Ciencias de la Educación de España, al considerar entre sus funciones la de ser «lugar de encuentro» de los profesores universitarios para el intercambio de experiencias, constituye sin duda, una fórmula a la vez práctica y prometedora para esa necesaria tarea de perfeccionamiento profesional del profesorado en servicio.

La orientación educativa y profesional, tema de otro de los artículos, constituye una necesidad imperiosa de la Universidad española. La información profesional sobre perspectivas y condiciones de empleo, así como requisitos profesiográficos; la guía y orientación en los estudios y la ayuda al estudiante para encontrar el propio camino vocacional son tres aspectos fundamentales de la tarea de orientación. La organización de los servicios adecuados para esa finalidad y la de los Institutos de Ciencias de la Educación que han de atender a la formación pedagógica del profesorado representarán, sin duda, una contribución importante para el mejoramiento de la educación superior y figuran entre los objetivos prioritarios del Ministerio de Educación y Ciencia.

2. Estudios



La dificultad número uno, por ANGELES GALINO

La impresión de que todo está por hacer es característica de las épocas de crisis. Sin embargo, esto es cierto sólo a medias. En cualquier orden hay bastantes cosas hechas, pero de repente, adquirimos la evidencia de que lo hecho no sirve. Este es el caso de la formación del profesorado en España; mientras no se resuelvan, todas las soluciones que puedan adoptarse para la reforma de la enseñanza, encontrarán siempre en la falta de formación adecuada del profesorado el *handicap* número uno.

Y lo bueno es que la situación anterior tenía su explicación, que no su justificación. Mientras un sistema de enseñanza sea, como el nuestro hasta el presente, fuertemente *selectivo*, su profesorado cumple con desempeñar dos funciones: la de expositor-conferenciante y la de juez. Explicar y calificar, han sido hasta ahora los cometidos prácticamente inapelables del profesor. El sistema aparentemente no falla, porque de cualquier grupo de muchachos, en cualquier materia y con cualquier método de enseñanza, puede enuclearse una minoría que «sigue», pasa la barrera de los exámenes y se inserta en los huecos tradicionales que por ley de vida se producen siempre en la sociedad. Resulta curioso que —desde esta perspectiva— un profesor que posea el arte de complicar las cosas y extremar las dificultades de las barreras produce el efecto óptico de «levantar el nivel». Un profesor exigente se ha identificado muchas veces

con un buen profesor. Y con razón, si se sigue pensando desde el interior del sistema: repartir una torta pequeña entre muchos —demasiados— comensales. Siempre hay muchos opositores para pocas plazas, demasiados estudiantes para pocos puestos universitarios o de bachillerato. ¿Cómo si no 334.353 alumnos libres en nuestra enseñanza media? Y, lo que es peor, demasiados niños —¿750.000, actualmente en España?— para los puestos escolares de primaria. El arraigado malthusianismo de nuestros profesores debe situarse en este contexto social.

PERO HOY SE PIENSA DE OTRA MANERA

¿Quién será capaz de valorar los recursos humanos que como residuos marginales van quedando en los diversos niveles del camino? Urge construir el balance anual de la «mortalidad» escolar y, lo que es más difícil, conocer la historia de esas frustraciones en su dimensión social y aun biográfica. Si un alumno no alcanza un *nivel* previsto está claro que no siempre podrá achacarse a falta de aplicación o de aptitudes. Hay todo un mundo de incógnitas que deben despejarse antes de proceder a la «amputación» de ese miembro. Junto a los factores de toda índole que han de analizarse, tanto